

UN DÍA ENTRE ROMANOS

Mi nombre es Alba, estudio 1º de bachillerato de humanidades. Elegí esta opción porque se me deban muy mal las matemáticas.

Mi profesora de latín propuso hacer una excursión a Mérida a ver todo aquello que habían construido los romanos. Visitamos el teatro, el anfiteatro, la casa de Mitreo y la del Anfiteatro, el circo y muchos lugares más. Anduvimos muchísimo ya eran las 2:30 de la tarde y todavía no habíamos parado de visitar lugares desde las 9:30 de la mañana, así que cuando paramos a comer me quede completamente dormida.

Allí fue donde tuve aquel extraño sueño. Aparecí en Mérida en los momentos en que era ocupada por los romanos y sin saber muy bien por donde andaba empecé a caminar por si veía algo interesante y así fue como fui a parar al anfiteatro; era como un doble teatro pero con forma elíptica, la gente llamaba al espacio central arena así que entré y me senté a observar, quizás me ayudara a aprobar la asignatura o como curiosidad, pero entonces me acordé de la botella de agua que había olvidado en casa porque hacía muchísima calor a pesar de que había colocado un enorme toldo que maniobraba un equipo especial de marineros. Este toldo nos aseguraba la sombra.

En las gradas donde yo estaba sentada pude observar la desigualdad social existente entre los romanos, de hecho el conjunto de gradería estaba dividido entre cuatro secciones. Las primeras gradas estaban destinadas a las personas distinguidas: vestales, senadores, magistrados... En la segunda caballeros tribunos y ciudadanos; la tercera sección correspondía a los que no tenían derechos a la ciudadanía y en la cuarta sección las mujeres plebeyas y allí estaba yo.

Entonces el anfiteatro se empezó a llenar de gente y empezaron los espectáculos en los que salían gladiadores; a mi no me gustan para nada las peleas ni las luchas y decidí irme de allí; entre tanta gente no se como llegué a parar al medio de la arena y a cada lado mío salían dos gladiadores que llevaban un armamento muy defensivo para proteger aquellos lugares donde pudieran hacerse una herida y que les dejara poner en practica todo los recursos de su técnica. Entonces saludaron con la siguiente frase: “*Ave, Cesar, morituri te salutant.*”

Salí corriendo y volví a sentarme en las gradas cuando una chica joven llamada Danae me explicó que iban a empezar a luchar.

Según Danae eran dos gladiadores de tipos diferentes: uno de ellos era un sanmita y llevaba puesto un escudo rectangular, un casco con visera y una espada corta, el otro un poquito más bajo llamado tracio llevaba un escudo pequeño y redondo y una especie de sable curvo, que según Danae se llamaba cimitra y comenzaron a luchar; después de un rato el gladiador sanmita estaba tumbado en el suelo y el tracio todavía en actitud amenazadora se inmovilizo y se volvió hacia el palco del presidente de los juegos, que pedía la opinión de los espectadores: algunos levantaban el pulgar en señal de clemencia, en cambio otros dirigían el pulgar hacia el suelo para reclamar la ejecución del vecino; yo ya no quería ver esa forma tan cruel, violenta y sangrienta que tiene los romanos para divertirse, así que sin volver a mirar a la arena salí de allí lo más rápido que pude.

Empecé a andar cuando me acorde del circo, eso si que me gustaría conocerlo, pero en menos de una ora estaba perdida sin saber donde podía encontrármelo, y así fue como conocí a Julio y a Leo Julio era un chaval dos años mayor que yo y Leo era de mi edad. Ellos me llevaron al circo y me acompañaron a ver el espectáculo el circo tenia una forma rectangular, la pista también era llamada arena pero estaba dividida longitudinalmente por un muro llamado spina según me dijo Julio.

Aún lado de la pista estaba la línea de salida y al otro la meta; allí celebraban normalmente carreras de caballos, que consistían en dar tres vueltas a la pista contada con un marcador de siete delfines que se movían cada vez que se daba una vuelta a la pista, había carros de dos caballos llamados biga y otro de cuatro llamado cuadriga, entonces decidí que quería participar; baje de las gradas y cogí un carro. Participamos cuatro carros y mientras los otros me llevaban mucha ventaja yo todavía no había conseguido que los caballos corrieran; entonces cogí fuerte las riendas y los caballos comenzaron a correr, poco a poco lo fui alcanzando y la primera curva de la segunda vuelta una biga se arrojó al suelo, en la quinta vuelta de la carrera yo ocupaba el tercer puesto cuando sin darme cuenta mis caballos empezaban a correr tanto que sentí miedo y adelante a los otros dos en el justo instante en el que el último delfín dio la última vuelta; yo estaba súper emocionada y todo el graderío gritaba mi nombre, fue ahí cuando desperté y aquellos que decían mi nombre eran mis profesores y compañeros.

Alba Romerales Benítez, 1º Bachillerato D.